

XVIII

Dejadme echar de menos, dejadme recordar, dejadme echar una ojeada a toda mi juventud.

Teníamos a la sazón doce años. Una tarde de octubre os encontré en el prado del colegio, bajo los plátanos, cerca de la fuentequilla. Vosotros erais enclenques y tímidos. No sé qué fué lo que nos unió, nuestra debilidad quizás. Desde aquella tarde hemos vivido juntos, separándonos por algunas horas, pero tendiéndonos la mano, con más cariño aun, después de cada separación.

Ya sé que no tenemos ni el mismo cuerpo, ni el mismo corazón. Vosotros vivís y pensáis de modo distinto que yo, pero, como yo, amáis. En esto estriba nuestra fraternidad. Tenéis mi sensibilidad y mis conmiseraciones, os arrodilláis en la vida, y buscáis a quién entregar vuestra alma. Todos comulgamos en la misma ternura y en los mismos afectos.

¿Os acordáis de nuestros primeros años? Leíamos cuentos que hacían dormir, grandes novelas de aventuras que nos tenían hechizados durante seis meses. Hacíamos versos y nos dedicábamos a la química, a la pintura y a la música. En la ha-

bitación de uno de vosotros, en el piso tercero, teníamos un espacioso cuarto, que era nuestro laboratorio y nuestro taller. Allí, en la soledad, cometíamos nuestros crímenes de niños; nos comíamos las uvas colgadas del techo, poníamos en peligro nuestra vista sobre las retortas al rojo blanco, y rimábamos comedias en tres actos, que leo aún cuando quiero sonreír. Muy bien recuerdo aquella gran habitación con su anchurosa ventana, inundada de blanca luz y atestada de viejos periódicos, de grabados pisoteados, de sillas sin asiento y de caballetes cojos. Ofréceseme dulce y risueña, cuando contemplo mi habitación de hoy y veo en mitad de ella erguirse a Lorenza, que me espanta y me atrae.

Mas adelante, el aire libre nos embriagó. Gozamos del saludable libertinaje de los campos y de las largas caminatas; fué aquello como una locura, como un frenesí. Se destrozaron las retortas, olvidáronse las uvas, se cerró la puerta del laboratorio. Por las mañanas salíamos antes de que amaneciera. Yo acudía bajo vuestras ventanas a llamaros en plena noche y nos dábamos prisa para salir de la ciudad, con el morral a la espalda y la escopeta al brazo. No sé qué caza era la que emprendíamos; íbamos, olfateando en el rocío, corriendo por entre las altas hierbas que se inclinaban con ruidos secos, y revolcándonos en la campiña como potros escapados. El morral volvía vacío al regreso, pero la mente se hallaba henchida y el corazón también.

¡Qué comarca tan esplendente, áspera y dulce a la vez para los que se han penetrado de sus ardores y de sus ternuras! Recuerdo alboradas argentadas y húmedas, casi frescas, que llevaban a mi ser y a los horizontes una paz de suprema inocencia; recuerdo aquellos soles abrumadores, aquel aire abrasador, pesado, resplandeciente, que aplas-

taba la tierra; aquellos amplios rayos que se desprendían de las alturas, como oro en fusión. Hora viril y fuerte, que transmitía a la sangre precoz madurez y a la tierra entrañas fecundas. Caminábamos como buenos muchachos, en aquellas alboradas y aquellos soles, jóvenes y ligeros por la mañana, pero graves, ensimismados por la noche; hablábamos como hermanos, compartiendo el mismo pan y experimentando iguales emociones.

Los terrenos eran amarillos o rojos, desiertos y desolados, plantados de raquíuticos árboles; acá y allá veíanse bosquecillos de follaje, de verde sombrío, manchando la gran extensión gris de la llanura; después, allá en lo más lejano, en torno al horizonte, y colocados en inmenso círculo, se distinguían cerros de escasa altura, endentados, de verde claro o de violeta pálido, recortándose con delicada limpieza sobre el azul intenso y profundo del cielo.

No se apartan de mi memoria aquellos encantadores paisajes de mi juventud; sé muy bien que les pertenezco, que lo poco de amor y de verdad que existe en mí procede de su tranquilo afecto.

Otras veces, allá a la noche, cuando el sol caminaba a su ocaso, tomábamos el blanco camino real que lleva al río. Pobre río, mezquino como un arroyuelo, allá estrechadó, turbio y profundo y aquí ensanchado y deslizándose cual sábana de plata sobre lecho de guijarros.

Elegíamos uno de los huecos, al pie de un ribazo escarpado que las aguas habían abierto, y nos bañábamos bajo los árboles que extendían su ramaje. Los últimos rayos del sol se deslizaban por entre las hojas, sembrando el sombrío follaje de manchas luminosas que se extendían en el río formando inmensas placas de oro. No distinguíamos más que agua y verdura, pequeños espacios de cielo, la cumbre de alguna colina lejana, los viñedos

del campo vecino. Y así pasábamos la vida en el silencio y en la deliciosa frescura.

Sentados en la orilla, sobre la fina hierba, con las piernas colgando y con los desnudos pies desflorando el agua, gozábamos lo indecible de nuestra juventud y de nuestro fraternal amor. ¡Qué hermosos sueños hemos concebido en aquellos ribazos, cuyas ondas arrastraban diariamente gruesas arenas! Así huyen nuestros ensueños arrebatados por la vida.

Hoy los recuerdos son acerbos e implacables para mí. A ciertas horas, en mi ociosidad, me asalta, repentino, el recuerdo de aquella edad, agudo y doloroso, con la violencia de un estacazo, y me parece que una quemadura me atraviesa el pecho. Es la juventud, que despierta en mí, desolada y moribunda. Cójome la cabeza con las manos y contengo mis sollozos; evoco, con amarga voluptuosidad, la historia de los pasados días y me complazco en ensanchar la herida, repitiéndome que todo aquello ya no existe y que no existirá jamás. Luego el recuerdo se desvanece; el relámpago pasa, y me quedo aniquilado, sin acordarme de nada.

Con el andar de los tiempos, en aquella edad en que el hombre despierta en el niño, nuestra vida cambió. Doy la preferencia a aquellas primeras horas sobre las otras de pasión y de virilidad nacientes; el recuerdo de nuestras cacerías, de nuestra existencia vagabunda, no es más dulce que la lejana visión de las muchachas, cuyos semblantes quedan grabados en mi corazón. Véolas pálidas y borrosas, en su frialdad, en su indiferencia de vírgenes; pasaron sin conocerme, y, hoy día, cuando vuelvo a pensar en ellas, me digo que ellos no pueden pensar en mí. No estoy seguro, pero esta idea hace que me parezcan extrañas; no hay cambio de recuerdos; mírolas como simples

ideas, como ensueños que he acariciado y que han desaparecido.

Permitidme también hacer memoria de la gente que nos rodeaba, de aquellos profesores, de aquellas buenas personas que podrían haber sido mejores, si hubiesen tenido más juventud y más amor; de aquellos condiscípulos, los buenos y los malos, que se mostraban sin piedad y sin alma, como todos los muchachos.

Yo debo de ser una criatura extraña, buena únicamente para amar y para llorar, pues me he enternecido y sufrido desde mis primeros pasos. Mis años de colegio fueron años de lágrimas. Hallábame dotado de la arrogancia de las naturalezas amantes. No me amaban porque no me conocían y yo me negaba a dejarme conocer. Hoy ya no alimento odios y veo con claridad que he venido al mundo para destrozarme a mí mismo. He perdonado a mis antiguos camaradas, que me maltrataron y me hirieron en mi orgullo, en mi ternura; los primeros me dieron rudas lecciones de mundo. Casi les doy las gracias por su dureza. Había entre ellos insignificantes muchachos, necios y envidiosos, que deben de ser en el día imbéciles perfectos y hombres malvados. He olvidado hasta sus nombres.

¡Oh! dejadme, dejadme traer a la memoria mi pasada vida; en esta hora de angustia, me acude en momentos de sensación única, de conmiseración y de pena, de dolor y de alegría. Siento mis entrañas profundamente conmovidas, cuando comparo cuanto existe con lo que no existe ya. Todo lo que ya no existe es la Provenza, la dilatada campiña, inundada por el sol; sois vosotros, son mis lágrimas y mis risas de otro tiempo; lo que ya no existe son mis esperanzas y mis ensueños, mis inocencias y mis arrogancias. ¡Ah! lo que existe es París con su lodo, mi habitación con

su miseria; cuanto existe es Lorenza, es la infamia, es mi ternura hacia esa mujer.

Escuchad; estábamos, según creo, en el mes de junio. Nos encontrábamos a la orilla del río, sobre la hierba y con la faz vuelta al cielo. Yo os estaba hablando. Acabo de recordar mis palabras, y el recuerdo me ha abrasado. Os decía que mi corazón estaba necesitado de pureza y de virginidad, y que me gustaba la nieve, porque era blanca; que prefería el agua de manantial al vino, porque aquélla era límpida y pura. Señalándoos el cielo, os decía que era azul e inmenso como el mar, claro y profundo, y que amaba el cielo y el mar. Luego me ponía a hablaros de la mujer; habría querido que naciese a semejanza de las flores silvestres, al aire libre, en pleno rocío, que fuese planta de las aguas y que una eterna corriente lavase su corazón y su cuerpo. Jurábaos que no amaría sino a una virgen, una virgen niña, más blanca que la nieve, más límpida que el agua de los manantiales, más profunda y más intensa en pureza que el cielo y que la mar. Durante mucho tiempo me desahogaba de tal manera con vosotros, estremeciéndome con santo anhelo, ávido de inocencia, de pureza inmaculada, no pudiendo contener mi ensueño que se remontaba a las regiones de la luz.

Pues bien, ya poseo a mi virgen niña. Está aquí, y la amo. ¡Oh! ¡si pudieseis verla! Su rostro es sombrío e inflexible, como cielo cubierto; bajaron las aguas, y se bañó en el fango. Mi virgen niña se ha manchado hasta tal punto, que en otro tiempo no habría osado tocarla con el dedo, por temor de morir. La amo.

Ya lo veis, me río, y saboreo un encanto particular burlándome de mí. Yo soñaba con el lujo y ni siquiera tengo un andrajo para cubrir mis car-

nes; soñaba con la virginidad, y amo a una mujer impura.

En mi miseria, cuando mi corazón ha manado sangre y he llegado a comprender que amaba, la garganta se me ha oprimido y el terror se ha apoderado de mí. Entonces ha sido cuando los recuerdos han surgido, sin que me haya sido posible arrojarlos de mí; han permanecido aquí, implacables, en tropel, tumultuosos, penetrando todos a la vez en mi pecho, que estaban abrasando. No los he llamado yo; han venido y los he tenido que soportar.

Cuantas veces lloro mi juventud vuelve a consolarme, pero sus consuelos redoblan mis lágrimas, porque pienso en aquella juventud que murió para siempre.

XIX

No puedo callar, no puedo engañarme a mí mismo. Había resuelto ocultarme mi mal, hacer como que ignoraba mi herida, con la esperanza de olvidar. A veces se mata a la muerte en su germen, cuando se cree en la vida.

Sufro y lloro. No hay duda que, investigando en mi interior, voy a encontrar alguna dolorosa certidumbre; mas, prefiero saberlo todo antes que vivir así, afectando una indiferencia que me cuesta tantos esfuerzos.

Quiero saber hasta qué extremo de desesperación he descendido; quiero abrir mi corazón y leer en él la verdad; quiero penetrar hasta las mayores profundidades de mi ser para interrogarle y pedirle cuenta de sí mismo. Lo de menos es que sepa cómo he llegado a ser infame; tengo derecho a sondear mi herida, aun a riesgo de atormentarme y de saber que de ella tengo que morir.

Si en tan ruda tarea vengo a herirme más de lo que estoy; si mi amor toma creces al afirmarse, acepto con regocijo este dolor mayor, ya que la verdad brutal es necesaria a los que andan con libertad por la senda de la vida, no obedeciendo más que a sus instintos.

Amo a Lorenza y exijo a mi corazón la explicación de este amor. No la he amado de modo repentino, como se ama en las novelas. Poco a poco me he sentido atraído, disuelto, por decirlo así, roído y cubierto en pocos días por la horrible llaga. Hoy estoy entregado por completo; no hay la menor fibra de mi cuerpo que no pertenezca a Lorenza.

Hace un mes era yo libre, y conservaba a Lorenza como se conserva un objeto que no se puede tirar a la calle. Ahora, me ha ligado a ella, velo por ella, la contemplo dormir, y no quiero que me abandone.

Esto era fatal, y creo comprender de qué manera el amor penetró en mí. En el sufrimiento y en el abandono, no se vive impunemente al lado de una mujer que sufre como uno mismo, y que, como uno mismo, se encuentra abandonada. Las lágrimas tienen su simpatía, el hambre es fraternal; los que mueren juntos con el estómago vacío, se estrechan con fuerza las manos.

He permanecido cinco semanas en la vivienda fría y triste, frente a frente de Lorenza. No veía en el mundo más que a ella, y ella era para mí el universo, la vida, el amor. Desde por la mañana hasta la noche tenía ante los ojos aquel semblante, en que creía sorprender, una vez que otra, un momentáneo sentimiento de amistad. Y yo me encontraba desnudo y débil; vivía envuelto en la manta de la cama, fuera de la sociedad, no pudiendo siquiera ir en busca de mi parte de sol. No esperaba ya nada; había circunscrito mi vida a las cuatro negras paredes, al pedazo de cielo que veía entre las chimeneas; habíame escondido en mi calabozo, encerrando en él mis pensamientos, mis deseos. No sé si lo entendéis bien; no tengáis un día camisa, y comprenderéis si el hombre pue-

de hacer un mundo, sin límites y poblado, del camastro en que descansa.

Entonces fué cuando encontré una mujer, yendo de la ventana a la puerta. Lorenza, tendida en la cama, me miraba ir y venir durante horas enteras. A cada ida y venida, pasaba delante de ella y encontraba sus ojos, que me seguían tranquilamente. Sentía aquella mirada fija en mí y me veía como aliviado en mi aburrimiento; no podría explicar qué íntimo y extraño consuelo se apoderaba de mí al saber que era mirado por un ser viviente, por una mujer. De aquellas miradas, sin duda, debe de datar el comienzo de mi amor. Por la primera vez me daba cuenta de que no estaba solo, y disfrutaba de una satisfacción al descubrir un ser viviente a mi lado.

Aquel ser, a no dudarlo, no fué al principio más que una amiga. Sucedió que llegué a sentarme al borde de la cama, a hablar, a llorar sin ocultar el llanto. Lorenza a quien mi desnudez debía de mover a compasión, me contestó enjugando mis lágrimas. Ella también se aburría a más no poder; el silencio, el frío, en ciertos momentos, acababan por pesarle. El acento de su voz parecióme más dulce y la expresión de su rostro más cariñosa; casi volvía a ser mujer.

En tal estado, hermanos, sentíme acometido de repente. Mi vida circunseribiéndose cada día más. La tierra parecía huir; París, Francia, vosotros mismos, mis pensamientos y mis relaciones, nada existía ya. Para mí, Lorenza era compendio y resumen de Dios y del ser, de la humanidad y la divinidad; la vivienda en que se encontraba tenía un horizonte sin límites.

Yo me sentía fuera del mundo, casi en la muerte; ya no pensaba que podría llegar un día en que bajase a la calle, cuyo ruido llegaba hasta mí; me percataba tan poco de la existencia, que me había

acudido la idea de vivir sin comer. Parecíame que tanto Lorenza como yo nos hallábamos en un mundo aparte, perdidos, separados de los vivientes, transportados a un rincón desconocido más allá del tiempo y del espacio; en los abismos del infinito no habríamos estado más solos.

Una tarde, al acercarse el ocaso, llenando la estancia de transparente obscuridad, paseaba yo con lentitud, yendo como siempre de la puerta a la ventana. En la creciente sombra, veía el pálido rostro de Lorenza, descansando sobre sus negros cabellos desatados; de sus negros ojos partían vagos reflejos, y me miraba con fijeza, hermosa en su padecer. Detúveme para contemplarla. No sé lo que pasó por mí; mi cuerpo experimentó brusca sacudida, abrióseme el corazón, sobrecogíome un temblor convulsivo y fui, estremecido, a estrechar a Lorenza entre mis brazos.

¡Oh! la amaba.

Amaba a Lorenza con toda la fuerza de mi abandono y de mi miseria. Padecer de hambre y de frío, verse vestido con un harapo de lana, verse abandonado de todo el mundo y tener una mujer a quien amar con amor desesperado!

En el fondo de la infamia había encontrado una amante que me esperaba. Ahora, en el abismo, lejos de la luz, nos hallábamos solos para abrazarnos, para estrecharnos el uno contra el otro, como niños que tienen miedo y que se tranquilizan ocultándose mutuamente la cabeza en el seno.

¡Qué silencio y qué obscuridad a nuestro alrededor! ¡Cuán bello resulta amar en la soledad, en esos desiertos de la desesperación, en que no penetra el menor rumor de la vida! Me he hundido en el abismo de esta felicidad suprema, y he amado a Lorenza con la acariciadora pasión con que el moribundo debe de amar la existencia que se le escapa...

He pasado ocho días en esta especie de éxtasis doloroso. Tentado estuve de tapar las ventanas y de vivir en las tinieblas; habría querido que la habitación no fuese más grande que el ladrillo en que sentábamos los pies. No me sentía bastante desgraciado y anhelaba alguna espantosa desgracia que me arrojase sobre Lorenza más desnudo y más ensangrentado todavía. Los días se me pasaban hundiéndome más y más en mi amor y en mi miseria. Y he aquí cómo llegué a amar el frío y el hambre, la sucia habitación, lo grasiento de las paredes y de los muebles. Amé hasta el vestido de seda azul, aquel andrajo deplorable.

Mi corazón se partía de lástima y de dolor cuando Lorenza se me ponía delante con aquel guiñapo echado a la espalda; y me preguntaba con ansiedad por medio de qué beso, de qué caricia sobrehumana podría demostrarle que la amaba con toda su pobreza.

Por mi parte, me sentía dichoso al verme desnudo; tenía más frío y padecía todavía más. Recuerdo aquellos primeros días como si fuesen un sueño; veo la guardilla más en desorden, más negra que de costumbre; siento el aire denso y opresor, no renovado por la abierta ventana; me veo y la veo, los dos, semejantes a sombras, cubiertos de harapos, abrazándonos, viviendo para nosotros mismos.

Sí, la amo con frenesí.

Me interrogo, y todo mi ser me cuenta la horrible historia, refiriéndome cómo ha podido suceder. Lo que he hecho ha sido agrandar la herida; y ahora que he registrado en mi interior, ahora que conozco la causa y la intensidad de mi amor, siento que me aumenta la fiebre, que es mi pasión más aguda y más loca.

Antes me sublevaba ante la idea de amar a Lorenza. Mas mis arrogancias han muerto, ya que

no me acude pensamiento semejante. He descendido hasta Lorenza; la comprendo ahora y no quiero en modo alguno que pertenezca a otro. Siéntese una enfermiza alegría al decirse que se halla uno en el lodo, que en él se está bien y que en él debe uno quedarse. Y beso a esa mujer, con tanto mayor arranque, cuanto más vil y más manchada se presenta. Compréndome muy bien que en mi amor se agita la desesperación, una especie de amarga mofa; siento en mí la embriaguez del mal, la demencia del abandono y del hambre; revuélcome a mi sabor en plena inmundicia, como para insultar a la luz de que mi alma está enamorada y a la que no puedo remontarme.

¿No he hablado de redención? ¡Quería que Lorenza recobrase su virginidad! ¡Qué estupidez! ¡Más sencillo era que me hiciese yo indigno! Ahora nos amamos. Hemos desposado la miseria y nos hemos unido en la agonía. Amo a Lorenza fea e impura, la amo con sus andrajos de seda, con su rebajamiento de bestia. No quiero a otra Lorenza, no la quiero inocente, de alma pura y de rosado rostro.

Ignoro lo que piensa mi compañera, si mis besos la regocijan o la cansan. Está más pálida, más grave. Con los labios apretados, los ojos muy abiertos y muda la faz, me devuelve mis caricias con una especie de reprimida fuerza. A veces parece cansada, como si se descorazonase buscando algo que no encuentra; mas pronto parece volver a la empresa, y buscar de nuevo, mirándome de hito en hito, con las manos apoyadas en mis hombros. Por lo demás, siempre aparece con el mismo cuerpo quebrantado, con la misma alma oscura; duerme a la cantinua con los ojos abiertos y se despierta sobresaltada cuando llevo mis labios a los suyos. Al primer beso pareció admirada; después, durante dos semanas, ha vivido una vida más ju-

venil, más activa; mas hace algunos días, ha recaído en su eterno sueño.

¡Qué me importa! No siento aún en mí la necesidad de que Lorenza me ame. Me encuentro ya en ese egoísmo supremo que, en amor, se satisface con las propias ternuras. Amo, y no deseo nada más; olvídome de mí mismo en el seno de esta mujer, y hallo reposo en esta última consolación.

XX

Ayer hubo velada en casa de Santiago. Paquerette vino a decirnos por la tarde que nuestros vecinos nos esperaban a las once para cenar. Retenido en la cama, no quise, sin embargo, negarme, deseoso de proporcionar a Lorenza alguna distracción.

Al quedarnos solos, pusímonos a discutir la cuestión magna del pantalón. Quedó convenido que Lorenza me cortaría una especie de calzón corto con un pedazo de sarga verde cansado de arrastrarse por el suelo. Puso manos a la obra, y dos horas después, me hallaba disfrazado de descargador de leña, con camisa de blancura dudosa y un jirón de damasco a la cintura.

Lorenza limpió en seguida su vestido azul lo mejor que le fué posible, con un trapo mojado. Luego lo planchó, extendiendo la tela y frotándola sobre una de las rodillas; llevó las reparaciones hasta el punto de coser, alrededor de las mangas y del corpiño, una puntilla blanca, amarillenta y estropeada.

Nuestra entrada fué triunfal. Santiago y María fingieron creer que se trataba de una broma;

y nos aplaudieron como actores que alcanzan el efecto que se proponen producir.

Yo estaba un tanto corrido, y no me sentí a mis anchas hasta que nadie volvió a hablar de mi calzón corto de sarga verde.

Allí encontramos a Paquerette instalada en un sillón. Ignoro cómo se las ha compuesto la viejecilla para penetrar en casa de Santiago, que es mozo frío y poco amigo de conversación. Posee Paquerette la flexibilidad de la serpiente y una voz melosa y temblona, capaz de abrir las puertas mejor cerradas. Por lo demás, parecía hallarse en su casa; habíase instalado con todo miramiento, extendiendo sus secas manos sobre las faldas, medio echando atrás la cabeza y abriendo y cerrando los ojos grises, perdidos en las arrugas de la cara. Parecía saborear anticipadamente las golosinas puestas a su lado sobre un velador.

María, que se había levantado a nuestra llegada, volvió a sentarse en un extremo del canapé; las rojizas manchas de sus mejillas brillaban con mayor viveza; se reía dejando ver sus blancos dientes. Santiago, en pie, delante de la chimenea, la oía con complacencia, grave siempre, aunque afectuoso; casi sonriente.

Nos habían acercado sillas. La habitación se hallaba espléndidamente iluminada por dos candelabros de cinco bujías cada uno, colocados sobre el velador. Aquel velador, atestado de botellas y de platos, había sido adosado a la pared, para hacer más sitio, en tanto que se le colocaba en medio de la estancia.

Las cortinas de la cama estaban corridas; el entarimado, las telas y los muebles, parecían haber sido cepillados y lavados con todo esmero. Nos encontrábamos en pleno lujo, en pleno festín.

Iba yo a asistir por vez primera a una de esas cenas en que me permitía soñar en otro tiempo

como provinciano. Encontrábame tranquilo, en todo reposo; sonreía Lorenza, y yo me sentía feliz con su alegría.

En el resplandor de las bujías, a la vista de las botellas coloreadas por los licores, de las fuentes llenas de dulces y de fiambres, en la sensación producida por una habitación cerrada, iluminada y templada con indecibles perfumes, se goza siempre de una especie de físico bienestar, que adormece el pensamiento. Mi compañera, con los labios abiertos, encontraba allí sin duda olores que le eran conocidos. Yo también sentía correr la sangre por mis venas más caliente y con mayor rapidez; me acometía un vivo deseo de reír y de beber, estimulado por mi cuerpo que se sentía vivir.

Por lo demás la habitación se hallaba tranquila, las carcajadas de alegría eran atenuadas y la orgía resultaba honrada y decente.

Bebimos un vaso de Madera y hablamos con la mayor tranquilidad. Aquella paz me sacaba de quicio, y estuve tentado de llorar.

Ambas jóvenes habían tomado asiento a un lado y otro de Paquerette, y hablaban en voz baja. Oía yo la cascada voz de la vieja como un murmurio, mientras que Santiago me refería la causa del festín. Acababa de salir victorioso de un examen y celebraba tamaño acontecimiento. Parecióme más expansivo, menos hombre práctico; se espontaneaba en mayor medida, olvidándose de hablar de su posición futura, y hasta llegando a recordar su juventud. Santiago, a decir verdad, estaba embriagado de alegría; consentía en hacer el loco, porque acababa de subir un escalón más hacia la cordura y la prudencia.

Por fin nos sentamos a la mesa. Esperaba aquel momento. Llené el vaso y bebí. Como no vivía más que de mendrugos de pan, tenía gran ham-

bre, mas desdeñaba los pastelillos y los fiambres; dirigíme al vino blanco o tinto. No bebía por necesidad de embriagarme; hacía lo por beber, por parecerme que me encontraba allí para vaciar el vaso. Desempeñé aquel deber a toda conciencia y experimenté viva alegría al sentir que mis miembros se aflojaban poco a poco y que se turbaban mis ideas.

Al cabo de media hora, las llamas de las bujías palidecieron y la habitación adquirió un tinte rojizo, descolorido e incierto.

Mi razón, que vacilaba, se afirmó de un modo extraño, adquiriendo una espantosa lucidez. Hallábame embriagado y debía de llevar en el rostro la estúpida máscara, la idiota sonrisa de los borrachos; mas, en el fondo de mi inteligencia, me sentía tranquilo, sensato, y raciocinaba en completa libertad. Era aquella una embriaguez terrible; yo padecía el anonadamiento del cuerpo, que se moría de inanición, y el vigor del alma, que veía y que juzgaba.

Al ruido de los vasos y de los tenedores, mientras las mujeres y Santiago se reían y hablaban entre sí, yo, con un codo apoyado en la mesa, les estaba mirando. Sus rostros, sus palabras llegaban hasta mí en sensación clara y distinta, dolorosa de agudeza y de penetración. Mi amor prevalecía en mí, turbando y cambiando mi sér; pero el hombre maduro, el filósofo razonador, se acababa de despertar. Complacíame en mi embriaguez y en Lorenza, sin dejar de comprender ambos cieños.

Santiago estaba sentado a mi izquierda; no sé si había conseguido achisparse; sea como fuere, fingía desvariar. Frontero a mí tenía a las tres mujeres, María a mi derecha, después Paquerette y luego Lorenza, que estaba a la izquierda de Santiago. Mis miradas permanecían fijas en aque-

llas tres mujeres, que se me aparecían con rostro y metal de voz enteramente nuevos.

No había vuelto a ver a María desde el día aquel en que la había encontrado en el canapé, pálida y desfallecida. Podría habérsela tomado entonces por una niña que moría de virginidad. Ahora, con los rubios cabellos en desorden, con el rostro encendido y amoratadas las mejillas, agitaba los desnudos brazos, con la fiebre de la niña ignorante de que camina a su primera voluptuosidad. Sentíame como deslumbrado por el resplandor de aquella frente juvenil.

No sé qué de punzante y doloroso irradiaba de aquel sér que despertaba de su agonía para reír y beber, para tratar de saborear las voluptuosas angustias de esta vida, que había vivido sin darse cuenta, en su inocencia de niña. Al verla, desmelenada y temblorosa, con los ojos despidiendo fuego, con los labios húmedos, parecíame, en el azoramiento de mi embriaguez, contemplar una moribunda que, en su lecho de muerte, oye súbitamente la voz de sus sentidos y de su corazón y que, vacilante, no sabiendo qué partido tomar en aquel instante supremo, se resiste, no obstante, a morir antes de haber satisfecho sus vagas aspiraciones.

Lorenza, por su parte, también se había animado, y estaba casi hermosa de impudor. Su rostro se había revestido con el vicio, de un modo tan franco, que comunicaba a sus facciones la más suprema insolencia; el rostro entero parecía desencajado; grandes manchas cuadradas, atravesadas por profundas líneas, cortaban nerviosamente las mejillas y la garganta, en masas duras y desdeñosas. Estaba pálida, y algunas gotas de sudor se le desprendían de la frente a raíz de los cabellos, que se alzaban rectos sobre su bajo y deprimido cráneo. Arrellanada en el sillón, con el semblante

como muerto y convulso, y con los ojos negros y brillantes, se me aparecía como imagen terrible de la mujer que ha conocido todas las voluptuosidades y que ahora las rechaza, encontrándolas demasiado ligeras.

A veces se me figuraba que me dirigía la vista encogiéndose de hombros; sonreía de lástima y la oía decirme: "¡Me amas, eh! ¿qué quieres de mí? Mi cuerpo es un cadáver; jamás tuve corazón."

En cuanto a Paquerette, estaba estaba más flaca y más llena de arrugas. Su rostro, semejante a una manzana seca, parecía haberse ajado aún más, tomando un tinte de color de ladrillo. Los ojos no eran ya sino dos puntitos brillantes. Movía la cabeza de un modo dulce y cariñoso, charlotean-do como un destemplado organillo. Por lo demás, disfrutaba de perfecta quietud, a pesar de que había comido y bebido tanto o más que los tres juntos.

Yo los miraba a todos. La turbación de mi cerebro, que los agigantaba, les hacía oscilar por modo raro en mi presencia. Decíame que toda la crápula se reducía a aquello; a la crápula joven e indolente, a la crápula francamente madura, a la que ha envejecido y, con los cabellos blancos, vive de su pasada infamia.

Por vez primera, veía a aquellas mujeres juntas, la una al lado de la otra. Ellas solas componían todo un mundo. Paquerette dominaba con toda su vejez; presidía y llamaba "hijas mías" a las dos desventuradas que la acariciaban. Fuere como fuere, reinaba entre ellas cordialidad y fraternidad; hablaban como hermanas, sin pensar en la diferencia de sus edades. Mis miradas, obscuras, confundían las tres cabezas, e ignoraba en qué frente se hallaban los cabellos blancos.

Y allí estábamos, en frente de ellas, Santiago y

yo. Eramos jóvenes y celebrábamos un buen éxito de la inteligencia. A punto estuve hermanos míos, de salir y de correr a vuestro lado. Después solté una carcajada, en alta voz sin duda, ya que las mujeres me miraron llenas de admiración. Díjeme entonces que tal era la sociedad en que debía vivir en adelante. cerré los ojos y vi ángeles vestidos con largos ropajes azules, que se elevaban en medio de la pálida claridad, salpicada de estrellas.

La cena había resultado alegre en extremo. Se cantaba y no faltaba conversación. Parecíame que la habitación estaba henchida de tan espesa humareda, que me oprimía la garganta y me producía picor en los ojos. Después todo cambió, y creí que iba a dormirme, cuando oí una lejana voz, que gritaba, con són de campana cascada:

—¡Es preciso que nos besemos! ¡Es preciso que nos besemos!

Medio abrí los ojos, y ví que la campana cascada no era otra que Paquerette, que acababa de subirse al sillón. Agitaba los brazos y gritaba en son de burla:

—¡Santiago, Santiago! bese usted a Lorenza. Es una buena muchacha, que entrego a usted para que le ahuyente el fastidio. ¡Eh tú, Claudio! pobre muchacho adormilado, besa a María, que te ama y te acerca los labios. Vaya, besémonos, besémonos. Vais a ver.

Y la viejecilla se echó al suelo.

Santiago se inclinó y dió un beso a Lorenza, que se lo devolvió. Yo me volví hacia María, la cual, con los brazos tendidos y la cabeza atrás, me esperaba. Iba a besarla en la frente, cuando ella echó el cuello aun más atrás y me acercó la boca. La luz de las bujías caía sobre su rostro. Mis ojos se hallaban sobre los suyos, y distinguí

en el fondo de su mirada una luz de azul tan puro, que me pareció ser su alma.

Al inclinarme para ver el alma de María, sentí unos labios fríos posármese sobre el cuello. Volvíme y vi que Paquerette se encontraba allí, riendo y aplaudiendo con sus manos secas. Había besado a Santiago y venía a besarme a mí. Limpiéme el cuello.

Dieron las siete, y una ténue claridad anunció el día. Ya no teníamos que hacer sino separarnos. Cuando iba a salir, Santiago me echó a la espalda un pantalón y un gabán, que ni siquiera pensé en rechazar. Paquerette iba delante de nosotros extendiendo su flaco brazo, que sostenía una vela de sebo.

Cuando nos hubimos acostado, traje a la memoria los besos que habíamos cambiado. Miré a Lorenza y creí verle los labios enrojecidos por los labios de Santiago. Siempre veía delante de mí, en la obscuridad, la azulada claridad que irradiaba en el fondo de los ojos de María. No sé qué vago escalofrío se apoderó de mí ante las ideas que me sobrecogieron, y, por último, me dormí con sueño febril. Durmiendo y todo, sentía en el cuello la impresión fría y penosa de la boca de Paquerette; soñaba que me pasaba la mano por la piel y que no podía apartar aquellos dos labios que me helaban.